

La Pascua y la Paz. " ...estando cerradas las puertas donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos, llegó Jesús y poniéndose en medios de ellos, les dijo: ¡La paz esté con ustedes!"¹ El tiempo pascual es la consecuencia del *entrenamiento* cuaresmal. La Pascua celebrada constituye la plenitud del misterio cristiano absorbiendo dinámicamente la historia. Se requiere que los cristianos lo acojan de verdad y lo constituyan en norma orientadora de sus compromisos temporales. Es el momento de desempolvar la Palabra, impropriadamente reservada a la intimidad de los templos y de la gente más "religiosa". Acabamos de celebrar la Pascua, el tiempo pascual que la sucede es la oportunidad única de hacerla vida e historia. No es vana la muerte de Cristo y no es históricamente irrelevante su Resurrección. Su acción mantiene la primitiva eficacia y, como las aguas benéficas de los ríos, fecunda las variedades de un trayecto histórico, a veces desconcertante. El texto que encabeza nuestra reflexión manifiesta que las cerrazones temerosas de los hombres no pueden evitar que Jesús resucitado, si lo esperan de verdad, se introduzca prodigiosamente para ofrecer su Paz. ¿Lo esperamos? Estimo que si. Todo aquel que está alentado por la esperanza de un futuro mejor lo espera, aunque no lo conozca. Es

¹ Juan 20, 19

preciso identificarlo para captar la riqueza de su mensaje y recibir la fuerza de su paz.

2.- *Instituciones firmes*. Se lo espera si cada uno produce el cambio personal debido. Detrás de la crisis hay comportamientos contrapuestos a los valores que debieron regirlos. Algunos de ellos tienen mayor incidencia por causa de la gravitación social de sus protagonistas. El llamado al cambio que la Iglesia ha formulado, en la celebración de la Cuaresma y en la constante predicación, toca a todos por igual. No existe un absurdo "ensañamiento" contra la clase política. Se refiere primordialmente a toda la dirigencia social, incluyendo a sus Pastores, responsabilizándola de un protagonismo decisivo y de especial importancia. Se dirige también al pueblo, que genera y elige a esa dirigencia. Con términos consagrados por la creatividad de nuestros próceres el pueblo es llamado el "soberano". No se puede contentar con reclamos ruidosos que no desemboquen en un compromiso para revertir efectivamente la situación que lo aflige. La evolución socio política nos lleva a desestimar la aparición de personajes mesiánicos y de sistemas dictatoriales disfrazados de democracia. El orden social se apoya en instituciones firmes, atendidas por funcionarios competentes y honestos. El pueblo necesita ser adecuadamente preparado para que, a su debido tiempo, sepa elegirlos.

3.- *Lección de libertad y laboriosidad*. Las leyes, no suspendidas por el capricho ideológico de nadie, deben normalizar los derechos de una población que, si se equivoca, puede corregir institucionalmente

su error. Los años, y la educación que no tiene edades, madurarán la personalidad de un pueblo que, por ese sendero, camina decididamente hacia su perfección. ¡Arduos los deberes que aún debemos a la Patria! Ya no nos queda tiempo para malgastarlo en frivolidades. La Argentina, todos nosotros, debe al mundo una lección de libertad y laboriosidad. Estamos mal pero vivos y dispuestos a salir, con nuestras propias fuerzas, de esta inexplicable terapia intensiva. ¿Cómo? En la convergencia entre ciudadanos que propongan soluciones y gobernantes que escuchen con humildad. Debemos remontar vuelo desde nuestro suelo cenagoso y no esperar inertes que otros vengan a eliminar la ciénaga que hemos producido. Dios no viene a nosotros para sustituir nuestro esfuerzo sino para darnos la posibilidad de esforzarnos. Es ésa la sabia metodología pascual y, por lo mismo, respetuosa del anhelo natural de libertad que alberga cada ser humano.

4.- *La religión verdadera.* La religiosidad, que inspira y promueve la celebración de la Pascua, genera una forma propia de construir la historia, personal y social. Debe aparecer no sólo cuando llenamos nuestros templos y accedemos a los sacramentos sino también, y necesariamente, cuando empeñamos nuestras dotes en la construcción de la "*ciudad terrestre*". Juan Pablo II, de manera profética, ha elevado al honor de los altares a innumerables mujeres y hombres de distintas edades y extracciones sociales. Me conmueve observarlo hincar su temblorosa rodilla ante la imagen de los Beatos Luis y María Beltrame Quattrocchi, esposos y padres; ante la de los Beatos Francisco y

Jacinta, los niños videntes de Fátima; o ante el indio Juan Diego, próximo a ser canonizado. ¿Tendremos la dicha de venerar a cristianos que se santifican por el sendero actual de la ciencia, del arte, de la política, del ejercicio de la justicia, de la docencia, de la labranza de los campos, del cuidado de las ciudades y del digno servicio de los ancianos? No estoy soñando; es el sueño realizable de Jesús en la Cruz. El cristianismo es una utopía de posible cumplimiento; está garantizada por la gracia proveniente de la Pascua. No actuará en nosotros si rechazamos su acción rebelándonos irresponsablemente contra el trazado admirable de su plan.

5.- *El don pascual de la paz.* La culminación del proceso pascual es la paz. Cuando la guerra se instala entre pueblos, que no la quieren, y entre gobernantes que la eligen como única forma de resolver viejos litigios, queda la Pascua como única esperanza. Lo que ocurre en Medio Oriente es una muestra clara y dolorosísima de la irracionalidad de la guerra. Pero, también se produce entre hermanos pertenecientes a un mismo país, en pueblos de cercanas tradiciones; también se da entre cristianos, que esgrimen, para agredirse, la aparente e inexplicable profesión de una misma fe. La Pascua, si se la celebra auténticamente, establece la paz como don principal del Señor Resucitado.